

DOCTORA HONORIS CAUSA
IRENE VALLEJO MOREU

ESAS HILERAS
DE HORMIGAS LOCUACES
LA ESCRITURA COMO INVENCIÓN



UNIVERSIDAD DE COLIMA

ESAS HILERAS DE
HORMIGAS LOCUACES
La escritura como invención

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño
Rector

Mtro. Joel Nino Jr.
Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán
Coordinador General de Comunicación Social

Mtro. Adolfo Álvarez González
Director General de Publicaciones

Mtra. Irma Leticia Bermúdez Aceves
Directora Editorial

DOCTORA HONORIS CAUSA
IRENE VALLEJO MOREU



ESAS HILERAS DE
HORMIGAS LOCUACES
La escritura como invención



UNIVERSIDAD DE COLIMA

*Doctora Honoris Causa Irene Vallejo Moreu. Esas hileras de hormigas locuaces.
La escritura como invención*

© Universidad de Colima, 2025
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
www.ucol.mx

Coordinador del proyecto
Juan Carlos Yáñez Velasco

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México / Published in Mexico

ISBN electrónico: 978-968-9733-03-4
DOI: 10.53897/LI.2025.0027.UCOL
5E.1/317010/045/2025 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).
Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciatante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial- ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Edición registrada en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: UC-001-25
Recibido: Julio de 2025
Publicado: Septiembre de 2025

ÍNDICE

Prólogo <i>El infinito en su voz</i>	6
Semblanza	15
Mensaje del Rector	
Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño	22
Discurso de Irene Vallejo Moreu	25
Coloquio <i>Encuentro con la infinita</i>	57

PRÓLOGO

El infinito en su voz

Humanista zaragozana, habla con magia, con «sosiego y convicción, de narraciones y libros. Lo hace en tiempos de economía de la atención y abundancia digital, de velocidad e inmediatez, de impaciencia y distracciones». Las palabras son de Miguel Barrero Maján, presidente de la Federación de Gremios de Editores de España, para presentar a Irene Vallejo en su magnífico *Manifiesto por la lectura* (Siruela, 2020).



Irene Vallejo traspapela la lectura con la vida. Su obra borra las fronteras entre ambas. Las personifica con una prosa de intensidades. Es una página infinita. Incitación humanística, el espejo de los clásicos que siempre dicen algo nuevo, como escribió Italo Calvino. Es promotora de la palabra y los libros, pero también de proyectos sociales como “Érase una voz”, que recrea la literatura en hospitales infantiles, “Motete” en el Chocó (Colombia) o “Leer” en Salta (Argentina). Leemos sus textos y éstos nos leen. Leer y escribir, en la Grecia antigua, vincularon libertad y democracia. En la Universidad de Colima, dos mil años después, refrendamos ese precepto.

La historia entre México y España atestigua una relación intensa. Colima y su universidad también construyen un vínculo joven pero sólido entre ambos países. Al claustro de los profesores más distinguidos de nuestra institución se incorporaron varios destacados españoles. A



mitad de la década de 1990 Federico Mayor Zaragoza, científico y poeta, entonces director general de la Unesco. Fernando Savater, filósofo, en el aniversario 70 de nuestra *alma mater*. En 2024 el poeta Luis García Montero, y ahora, Irene Vallejo, filóloga, doctora por las Universidades de Zaragoza y Florencia.

Irene es maestra en contar historias. En un libro, una columna periodística, un discurso, una entrevista, un tuit. Persuade al leerla; emociona al escucharla. Se dedica a lo que le apasiona desde niña: “las palabras, la escritura, los relatos, los idiomas, los clásicos”. Así lo confiesa en *Manifiesto por la lectura*. Ella nos recuerda que leer es un acto de resistencia, una forma de mantener viva la llama de la curiosidad y la crítica.

En un mundo dominado por lo efímero y la superficialidad, sus palabras nos invitan a profundizar, a reflexionar y a cuestionar todo aquello que damos por sentado. Denuncia el peligro



de que arrinconemos la “educación de la pacien-
cia”, condenándonos a perecer entre las ruedas
de lo fugaz y las pantallas incesantes. Con su
obra y testimonio vital, nos enseña que *«leer ha
sido una valiosa herramienta de reconstrucción en
diferentes regiones del planeta azotadas por la vio-
lencia, terribles crisis económicas, éxodos de pobla-
ciones o catástrofes naturales»*.

Vengan, pues, campañas para que la lectura se convierta en parte del aire que se respira en todas las aulas de nuestras escuelas, en las bibliotecas, en el corazón de los hogares, para rescatar lo más excelsa de lo humano. Porque las humanidades rehúyen el mapa que instala, ante todo, la preocupación por lo útil. Al respecto, lecciones memorables nos prodigó Nuccio Ordine, filósofo italiano a quien evoco con admiración y pesar por su fallecimiento. Si las humanidades no abren panoramas y posibilidades de desarrollo intelectual resultan un fracaso. O nosotros,



quienes las forjamos con las disciplinas académicas. Coincidamos: sin educación humanística el futuro y viabilidad de cualquier país están en riesgo.

Las humanidades van más allá del mercado, el éxito momentáneo y la competitividad: apuntan a la democracia, los derechos humanos, la diversidad cultural, la tolerancia, la identidad plural, el reconocimiento del otro, la recomposición de los vínculos sociales, el diálogo. Cuando el horizonte parece desmoronarse, las humanidades ratifican los valores que fraternizan la convivencia pacífica y el respeto a la diferencia, con sentido crítico y ánimo esperanzado, pues sólo con estos ingredientes se fecundan ilusiones y proyectos de vida.

Irene Vallejo es más que una escritora. Es exploradora de mundos perdidos, una guía que nos lleva de la mano por senderos de sabiduría. Sus palabras nos inspiran a leer, a pensar y a so-



ñar. En *El infinito en un junco*, su obra más reconocida, distinguida como el libro español más importante en este cuarto de siglo, nos invita a recorrer la historia de la escritura, desde las tablillas de arcilla sumerias hasta los textos digitales.

Pero *El infinito en un junco* no es solo una obra de historia. Ya es historia. Una reflexión sobre la condición humana, nuestra necesidad de contar y ser contados. A través de las historias, construimos nuestra identidad, transmitimos nuestros valores y damos sentido al mundo. Su palabra resuena y se multiplica. *El infinito en un junco* es un fenómeno editorial y cultural que supera las 60 ediciones en España, se traduce a 40 idiomas y se publica en más de 70 países.

Si el escritor argentino Adolfo Bioy Casares dijo que la escritura es como agregarle una habitación a la vida, Irene Vallejo fusiona existencia y lectura. De ahí que su presencia en Colima sea magnífica para reflexionar sobre la lectura y sus



condiciones en un mundo que apuesta a la uniformidad emocional y al vaciamiento estético.

Irene Vallejo es instigadora de deseos textuales. Imaginémosla como Séneca, que acostumbraba ofrecer su biblioteca a los amigos diciéndoles que tenían el derecho a elegir sus antepasados entre Homero, Sófocles, Platón o cualquier otro escritor, porque la lectura es la mejor forma de acceder a otros lugares donde podemos ser felices.

La obra de Irene es reconocida a nivel internacional. Ha merecido numerosos premios. Listarlos me alargaría en exceso. Los omito pero aplaudo cada uno. Además del placer de leerla y escucharla, tengo para ella otro: la generosidad con la cual nos acerca a otros autores, los clásicos, por supuesto, pero también contemporáneos, como Theodor Kallifatides. Por cierto, ella ya es un clásico, así lo augura Mario Vargas Llosa: «*Tengo la seguridad absoluta de que se seguirá*



leyendo cuando sus lectores de ahora estén ya en la otra vida», dijo el premio Nobel.

El Doctorado Honoris Causa que hoy concede la Universidad de Colima es una reivindicación del derecho a la educación, a la cultura, a la lectura, a los libros y la imaginación; un compromiso de quienes hoy estamos y quienes continuarán creyendo en el poder de la educación y la capacidad transformadora de las universidades, para que ellas no sean, la cito, un «*deseo incumplido, un brote cortado, una de esas cicatrices que deja lo que nunca sucedió*», eso que enfrentaron los fantasmas que Irene Vallejo describe en su conmovedor relato sobre las circunstancias de sus dos abuelas, impedidas de estudios superiores (*Los sueños de mis fantasmas*, UNAM, 2024).

Irene certifica una convicción que alentamos en la Universidad de Colima desde su origen: «*la educación es el ascensor social más justo que hemos soñado*». Hoy, tenemos la suerte de



contar con su presencia entre nosotros. El privilegio de recibirla y escuchar a una de las voces más importantes de la literatura contemporánea. Es un honor presentarles a la mujer que cambió su etiqueta de *alumna distinguida* por la de *alumna agradecida*. Y un privilegio infinito que ella y Enrique Mora sugirieran este mensaje como prólogo de la obra bellamente editada por la Universidad de Colima.

¡Bienvenida, doctora Irene Vallejo! Bienvenida a Colima y al claustro honorífico de nuestra Universidad.

Juan Carlos Yáñez Velazco

SEMBLANZA

En mi infancia hubo un enigma: los libros
Irene Vallejo

Ahora entiendo por qué existe un efecto de luz cuando Irene Vallejo camina entre aplausos por un auditorio, cuando visita una librería o recuerda una poesía en un faro frente al mar: su presencia deriva de sus palabras, que son la llama, y que al igual que en la prehistoria, nos hacen conocer el mundo. Nos ayudan a transformarlo.



Irene Vallejo Moreu nació en 1979 en Zaragoza, ciudad española y capital de Aragón. De profesión filóloga clásica, es ensayista, novelista y columnista de amplia trayectoria. Doctora en filología clásica por las universidades de Zaragoza y Florencia, su quehacer profesional es un despliegue apasionado por acercar el mundo clásico al presente a través de conferencias, cursos, entrevis- tas; o bien, mediante libros para todas las edades.

Sonriente en su trato con sus lectoras y lectores, de entonación poética cuando pronuncia discursos o imparte ponencias, Irene Vallejo es doctora *honoris causa* por la Universidad de Colima, México (2024); por la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en España (2025); y por la Universidad Internacional Menéndez Pe- layo, con sede en Madrid (2025). Cabe desta- car que un doctorado “por causa de honor” es la máxima distinción académica que una institu- ción puede otorgar; un reconocimiento a la tra-



yectoria y, especialmente, a la influencia cultural de una persona y su obra.

Su narrativa está constituida por los títulos *La luz sepultada* (2011) y *El silbido del arquero* (2015), ambas novelas cargadas de una fuerte conciencia histórica y épica, desde Eneas y la Guerra de Troya hasta el miedo e incertidumbre de quienes vivieron el inicio de la Guerra Civil Española en 1936. En *La leyenda de las mareas mansas* (2023) de nuevo nos acerca al tiempo mitológico, con el hijo de la Estrella de la Mañana y la hija del Viento, sus aventuras y sus pérdidas. En *El inventor de viajes* (2024) la escritora nos lleva por una travesía marina y por la Isla de los Sueños, una reminiscencia absoluta del mundo clásico.

Su ensayo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo* (2019), es un homenaje a la inteligencia humana, a la voluntad y persistencia de la memoria que se vuelve palabra, transmisión y comunidad. Por esta obra emblemá-



tica, con la que obtuvo un decisivo reconocimiento internacional, recibió el Premio Nacional de Ensayo (2020) que concede el Ministerio de Cultura español. Un año antes, en 2019, recibió el Premio Nacional Promotora de los Estudios Latinos, y en 2020 le otorgaron el Premio Las Librerías Recomiendan de No Ficción. Mientras que en 2023 recibió el *Wenjin Book Award* de la Biblioteca Nacional de China, el *Grand Prix des Lecteurs de Livre de poche* en Francia, y fue finalista del *British Academy Book Prize for Global Cultural Understanding*.

Manifiesto por la lectura. Caligrafías del ciudadano (2020) continúa la celebración de la inventiva, pues, nos dice la autora, «*Nuestra auténtica fortaleza es creativa. Gracias a la imaginación, hemos inventado el mito de Ícaro y los aviones, el Nautilus y los submarinos, los viajes estelares de Luciano y el Apolo XI*». La lectura, afirma, nos enseña a reparar ruinas y, más allá de esta proeza, «*es también gimnasia que vela por nuestra salud*».



Su labor como periodista es una continuación y un despliegue de su vocación de ensayista, donde el lenguaje crea vínculos con los temas de la vida cotidiana, la maternidad, las voces olvidadas de mujeres que marcaron la historia y su escritura. En sus columnas, publicadas en periódicos como el *Heraldo de Aragón* o *El País*, entre otros, Irene Vallejo lleva la filología a su definición etimológica, mostrando un profundo amor y cuidado por las palabras y lo que éstas significan en la vida de los seres humanos en sus estados más íntimos, como nos dice en “Lenguas de fuego” «*Cuando una relación se rompe, muere un dialecto. Enamorarse reaviva la alegría infantil de inventar palabras, un Génesis verbal*».

La recopilación de sus artículos ha dado pie a los libros *El pasado que te espera* (2010), *Alguien habló de nosotros* (2017) y *El futuro recordado* (2020). Los títulos de estas obras ya nos hablan claramente de la poética de nuestra autora,



para quien los libros eran un cofre cuando niña, y el momento más esperado del día era la noche para escuchar un cuento en voz de su madre o de su padre.

Irene Vallejo posee ya una trayectoria consolidada, con la alegría para el mundo de estar en su plenitud creativa. Además de las distinciones *honoris causa* y los galardones por el *Infinito en un junco*, en 2021 fue laureada con el Premio Aragón, máxima distinción cultural de la ciudad que la vio nacer, fue reconocida como Alumna Distinguida por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza y recibió el Premio Heraldo a los Valores Humanos y el Conocimiento, por ser una voz comprometida con la ética y la cultura. En 2022, la Asociación de Editores de Madrid le concedió el Premio Antonio de Sancha, y la Academia Mexicana de la Lengua le confirió el IX Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña.



Sin duda, los reconocimientos, son homenaje a la constancia y a la excelencia de su obra y su persona. Así, desde 2024 Irene Vallejo integra la Academia Colombiana de la Lengua, y en 2025 fue designada como nueva vocal del Real Patronato de la Biblioteca Nacional de España y distinguida con el sexto Premio Nuevo León Alfonso Reyes.

Ahora comprendo de dónde proviene la luz cuando Irene Vallejo pronuncia su conocimiento de la vida. Su nombre es su esencia, *Eiréne*, hija de Temis, que en griego significa *paz*. Y en este mundo y su actualidad convulsa, escucharla es una bandera blanca; su escritura, en sus propias palabras, es «*una herramienta inigualable de organización y forja de comunidades*», como lo dijo, ante la admiración de quienes ahí estábamos, un día de diciembre de 2024 en la ciudad de Colima, cuando recibió el doctorado en honor a su legado.

Miguel Ángel León Govea

MENSAJE DEL RECTOR
CHRISTIAN JORGE
TORRES ORTIZ ZERMEÑO

Muy buenas tardes tengan todos y todas ustedes. Es un honor para nuestra máxima casa de estudios reconocer en este acto la gran sensibilidad, los méritos excepcionales, así como los aportes a la educación y las humanidades de la doctora Irene Vallejo Moreu. Al celebrar el 84 aniversario de su creación, la Universidad de Colima le ha otorgado el Doctorado Honoris Causa



por sus contribuciones en la filología, la historia, la filosofía, la literatura y el alto compromiso con la difusión del conocimiento.

Sin duda alguna, una de las obras más exitosas de la doctora Irene, *El infinito en un junco*, libro que ha sido traducido a 38 idiomas y publicado en más de 60 países, por supuesto, incluido México, es una evidencia contundente de su compromiso con la formación integral.

Con su presencia, doctora, y el disfrute de su obra pretendemos contagiarnos de su entusiasmo por el conocimiento, la lectura, la investigación histórica y mostrar lo aprendido, estableciendo un fructífero diálogo entre el pasado y el presente, convirtiendo la investigación rigurosa en relatos que abren nuevas puertas al razonamiento.

Celebramos y agradecemos su disposición para aceptar este homenaje de una comunidad que valora el trabajo emprendido para mostrar el origen del libro, de la escritura y la oralidad como



fuentes indispensables para el desarrollo del pensamiento. Apreciamos su palabra hablada y escrita como un llamado a renovar nuestra postura frente al pasado, mostrando la utilidad que guarda para que las generaciones actuales aprendamos de todo lo positivo y de lo negativo. Evitar repetir.

Es nuestro propósito acercar a nuestras aulas su habilidad para conjuntar saberes edificando puentes que traspasan épocas, pero están unidos por su visión de la palabra como ente vivo y elemento indispensable de la experiencia humana.

Doctora Irene Vallejo hoy es un día muy importante para nuestra comunidad académica al darle la bienvenida como doctora *honoris causa* de la Universidad de Colima, deseando que este acto incentive una fructífera relación con su nueva *alma mater*. Le reiteramos nuestras más sinceras felicitaciones y un agradecimiento por su valiosa presencia. Muchas gracias a todos y todas por su valiosa atención.

DISCURSO DE IRENE VALLEJO MOREU

Mis primeras palabras solo pueden ser de gratitud al Rector de la Universidad, doctor Christian Jorge Torres Ortiz, al Secretario de Educación Adolfo Núñez, al doctor Juan Carlos Yáñez Velasco, al Secretario General Joel Nino, al Consejo Universitario y a toda la comunidad académica, gracias de corazón, que es una palabra que comparte la primera sílaba con Colima, corazón, Colima.



Cada vez que viajo a México, recuerdo a los exiliados españoles que aquí fueron recibidos. No solo les abrieron los brazos y las fronteras, sino que alentaron sus carreras intelectuales en tantas universidades. Aquella bienvenida refundó nuestra historia con un nuevo hito acogedor y humanista. En estos tiempos de guerras y migraciones, quisiera evocar este historial generoso hacia los refugiados de guerra.

En mi infancia hubo un enigma: los libros. Aprovechaba cualquier instante para asomarme a aquellas cajas de papel que mis padres sostenían y contemplaban absortos durante horas. Cuando yo abría el cofre, veía hileras de insectos caminando disciplinados por un suelo blanco.

El momento más feliz de cada día era, qué paradoja, nocturno. Mi padre, o casi siempre mi madre, se sentaban a la orilla de mi cama y me leían un cuento. Sabían cómo hacer hablar a los hormigueros, y los pequeños insectos les conta-



ban las historias que me fascinaban. Sin embargo, por mucho que me esforzase, a mí no me decían nada. La única conclusión posible era la siguiente: leer había de ser un poder mágico solo al alcance de los adultos.

Mis padres me contaban historias de Homero, para quien las palabras eran criaturas “aladas”. Yo no conseguía verlas como pájaros, pero los libros sí me parecían mariposas con innumerables pares de alas moteadas, esas páginas enigmáticas. Allí, en el bosque de misterios y asombro de la infancia, nació una profunda curiosidad por la escritura como invención. Nunca pensé que aquellas hileras de pequeños insectos diligentes me conducirían hasta Colima, hasta este día vibrante.

Escribir y leer, poseer libros, son hechos tan cotidianos que cegados por la costumbre, ya no nos maravillan. Les invito a viajar conmigo al mundo antes de esta invención. En realidad,



es tan solo un trayecto de cercanías. La aurora del lenguaje nos remonta a una antigüedad de más de 350 000 años; sin embargo, nuestros antepasados *sapiens* desarrollaron la escritura hace apenas unos pocos miles de años, entre 5000 y 6000. Por tanto, la humanidad tiene un 99 % de prehistoria y 1 % de historia escrita. Escribir pertenece al último parpadeo del tiempo humano. O, mejor, el último aleteo.

El cerebro humano no estaba preparado para esta extraña y sutilísima tarea: nuestro sistema neuronal aprendió la lectura de signos porque la mente contiene la semilla de lo que todavía no sabe. Fue capaz de establecer conexiones y circuitos inexistentes, que generaron habilidades completamente nuevas. Las *Metamorfosis* de Ovidio tenían razón: estamos preparados genéticamente para las transformaciones más audaces. La plasticidad de nuestras estructuras mentales nos permite inventarnos, recrearnos, ser otros.



Esta herramienta nació de una facultad desarrollada durante milenios de vida cazadora y recolectora. Los humanos primitivos eran capaces de descifrar símbolos en la realidad que veían y vivían: distinguir a los animales en el horizonte lejano, reconocer a un pájaro que vuela en las cumbres del cielo, interpretar las señales del paisaje y, sobre todo, identificar las huellas de otros seres vivos en la Tierra. Maryanne Wolf, científica especializada en la neurología de la lectura, explica que los primeros humanos aprovecharon estas habilidades mentales y las reutilizaron para reconocer las palabras y las letras. Mi intuición infantil no era tan descabellada, después de todo. Lo primero que leímos fue hileras de huellas animales en la gran página de la Tierra.

De alguna manera, ya leímos antes de leer. Persiguiendo la caza o los frutos, aprendimos a orientarnos en un territorio prestando atención a la ruta, a los hitos del camino, al mapa celeste que



dibujan el Sol, la Luna y las estrellas, a la dirección en la que fluye el agua, a mil signos que convierten la naturaleza salvaje en un texto legible para quienes conocen su lenguaje. Empezamos a leer traduciendo los signos del mundo. Esa experiencia nos preparó para dibujar las huellas de nuestros pensamientos. No nacimos preparados para leer o escribir. No es un instinto. Tuvimos que enseñarnos, maestros y discípulos a la vez.

La raíz etimológica indoeuropea *skribh*, nos revela que la palabra “escritura” significa “corte, separación, distinción”. Probablemente porque en los orígenes más remotos escribir consistía en hacer cortes o incisiones en corteza, madera, arcilla, cera o piedra. En un sentido metafórico, se podría afirmar que convertirnos en lectores y escritores significó un corte, una separación, un gozne entre dos eras, inaugurando un tiempo nuevo.



Así nos convertimos en el único animal que escribe. En general, las especies poseen sistemas de comunicación –vocales, químicos, gestuales u olfativos–; el ser humano, en cambio, ha logrado representar con el lenguaje sus procesos mentales más complejos y, de alguna manera, convertir los sonidos y gestos en signos capaces de preservar nuestra memoria, nuestras mejores ideas y hallazgos. Trazar esos signos abrió una posibilidad, inconcebible hasta entonces, de perdurar a través de la belleza y el pensamiento.

De todas las actividades que modelaron nuestra cultura, la escritura es una de las más importantes, porque supone una herramienta inigualable de organización y forja de comunidades. Por eso escribí en *El infinito en un junco*: «*Somos los únicos animales que fabulan, que ahuyentan la oscuridad con cuentos, que gracias a los relatos aprenden a convivir con el caos, que avivan los rescoldos de las hogueras con el aire de sus*



palabras, que recorren largas distancias para llevar sus historias a los extraños. Y cuando compartimos los mismos relatos, dejamos de ser extraños».

La escritura empieza como aspiración de dibujar el mundo. Las pinturas rupestres son sus ancestros. En la cueva de La Pasiega, en el conjunto del Monte del Castillo, en Cantabria, España se hallaron unos trazos, obra de nuestros primos neandertales, que poseen una antigüedad superior a los 65 000 años. Habrán de pasar 20 000 años para que los *sapiens* pinten algo similar: un jabalí hallado en Silawesi, en las remotas Islas Célebes. Son los intentos más antiguos conocidos de perpetuar conocimientos, experiencias, anhelos, esperanzas. Expresiones paleolíticas de la sed de plasmar la realidad conocida o quizá, de atraer mágicamente la vida deseada. Hace 35 000 años, el *Homo sapiens sapiens* empieza a pintar, a hacer cortes o rascar huesos y piedras con marcas de puntos y rayas, que fueron calendarios



solares, lunares y, en algunos casos, cálculos elementales sobre piezas de animales cazados, como por ejemplo, ocurrió con el hueso descubierto en la Cueva de Thai, en el bastón de mando de Cue-
to de la Mina, que tiene 12 000 años, o en el lla-
mado Abrigo Blanchard, donde se comprobó el
uso de diversos puntos que siguen una secuencia
serpentiforme con las fases de la Luna.

Dibujar trazos y pintar son formas de res-
guardar, y de pensar. En cuanto nuestros ances-
tros comenzaron a pensar simbólicamente, esos
mismos signos los condujeron a otros, y estos
a otros más, dando vida a complejos universos
mentales. Es el origen de nuestro habitar dos
universos simultáneos: los acontecimientos exte-
riores y los universos conjeturales, imaginarios,
anhelados, temidos. Entonces empezamos a ser
habitantes de ese extraño espacio ficcional que
encontramos en la encrucijada entre el mundo
y la mente. Esa habitación agregada a la vida, en



palabras de Adolfo Bioy Casares, evocadas hace unos minutos por el profesor Juan Carlos Yáñez.

Cuenta una antigua leyenda que una mujer joven inventó la pintura para aferrar sus recuerdos, para poseer la huella de un instante efímero. Ella, de cuyo nombre Plinio el Viejo no quiso o supo acordarse, era hija del alfarero Butades de Sicón. Estaba enamorada de un hombre que pronto partiría de viaje. En aquel tiempo era tan peligroso aventurarse por los caminos polvorrientos, entre los bosques donde acechaban los bandidos, que nadie decía adiós sin un nudo en la garganta. Durante su última noche juntos, a la luz de una vela, la chica dibujó la sombra de su amante en la pared de la habitación. Ese primer trazo fue una rebelión frente al olvido y la ausencia.

También la escritura nació como dibujo y como promesa de salvar lo fugaz. Durante la mayor parte de nuestra historia, las palabras escapaban de los labios, y no existía ningún modo de



retener aquellos sonidos breves y fugaces, apenas una vibración de aire. Nuestros antepasados tuvieron la asombrosa idea de dibujar sus pensamientos, como aquella primera pintora atrapó el contorno de su amante, y así conservar al menos su recuerdo cuando, como dice Homero, ya han huido dejando atrás el vallar de los dientes.

Los más tempranos sistemas de escritura fueron inventados alrededor del cuarto milenio antes de nuestra era, primero —por lo que sabemos— en las ciudades sumerias de Uruk, Kish, Lagash y Nippur, a partir de los sistemas numéricos desarrollados para dar cuenta de sus transacciones comerciales. Hacia el 2700 a. C., también comenzaron a inscribirse en las tablillas las palabras del antiguo sumerio —una lengua no semita—, y luego asirios y babilonios hicieron lo propio con su lengua, el acadio. Tiempo después y de forma independiente, nació también en Egipto, India, China y Mesoamérica.



El arte de escribir tuvo, según las teorías más recientes, un origen práctico: las listas de propiedades. Esas tesis afirman que nuestros antepasados aprendieron el cálculo antes que las letras. La escritura vino a resolver un problema de propietarios ricos y administradores palaciegos, que necesitaban hacer anotaciones porque les resultaba difícil llevar la contabilidad de forma oral. Más tarde llegaría el momento de transcribir las leyendas y los relatos. Todavía hoy, el verbo contar sirve para hablar de los números y también de los relatos. Somos seres económicos y simbólicos. Empezamos escribiendo nuestros inventarios, y después nuestras invenciones: primero las cuentas, a continuación los cuentos. Todas las ficciones posteriores, desde *Gilgamesh* hasta *Pedro Páramo*, derivan de esta herramienta de origen comercial.

Los primeros apuntes eran dibujos esquemáticos: una cabeza de buey, un árbol, una ja-



rra de aceite, un hombrecillo. Con esos trazos, los antiguos terratenientes inventariaban sus rebaños, sus bosques, su despensa y sus esclavos. Al principio, imprimían esas formas en la arcilla con pequeños sellos y más tarde las trazaban con cálamos. Los dibujos tenían que ser sencillos y siempre los mismos, para que se pudieran aprender y descifrar. El siguiente paso fue dibujar ideas abstractas. En las primitivas tablillas sumerias dos rayas cruzadas describían la enemistad; dos rayas paralelas, la amistad; un pato con un huevo, la fertilidad. Me gusta imaginar a nuestros ancestros saboreando la excitación de plasmar por primera vez sus pensamientos; cuando descubriesen que el amor, el odio, el terror, el desaliento y la esperanza podían escribirse.

Pronto se planteó un problema: hacen falta demasiados dibujos para dar cuenta del mundo exterior e interior, desde las pulgas a las nubes, desde el dolor de muelas al miedo a morir. El



número de signos no dejaba de aumentar, sobre-cargando la memoria. La solución fue una de las mayores genialidades humanas, original, sencilla y de incalculables consecuencias: dejar de dibujar las cosas y las ideas, que son infinitas, para empe-zar a dibujar los sonidos de las palabras, que son un repertorio limitado. Así, a través de sucesivas simplificaciones, nació nuestro alfabeto. Combi-nando letras hemos conseguido la más perfecta partitura del lenguaje, y la más duradera. Pero las letras nunca han dejado atrás su pasado de dibujos esquemáticos. Nuestra “D” representaba en origen una puerta, la “M” el movimiento del agua, la “N” era una serpiente y la “O” un ojo. Todavía hoy, nuestros textos son paisajes donde pintamos —sin saberlo— el oleaje del mar, don-de acechan peligrosos animales y miradas que no pestañean.

Esta invención fascinante, tal vez el más decisivo de todos los artefactos creados por nues-



tra especie, permitió además una inimaginable expansión del saber y el conocimiento. Los sistemas más tempranos basados en imágenes exigían conocer cientos o miles de dibujos y sus complicadas combinaciones. Eran necesarias décadas de estudio para aprender a trazar los símbolos misteriosos del lenguaje. Ese conocimiento maravilloso, casi mágico, estaba solo al alcance de una minoría de escribas, una casta de sabios que guardaban celosamente el secreto. Cuando los fenicios inventaron un alfabeto capaz de transcribir, con menos de treinta signos, todas las palabras existentes —y también las palabras todavía por imaginar—, el hechizo traspasó las puertas y los cerrojos: cualquier persona podía aprender a pintar los trazos de la memoria.

Hoy miramos los alfabetos como conjuntos de líneas arbitrarias, esas temblorosas filas de hormigas asustadas que tanto intrigaban a la niña que fui; pero las letras nunca han dejado



atrás su pasado pictórico. En los textos por los que a diario paseas la mirada desfilan ante ti camellos, monos, ovillos de hilo, manos, látigos, olas marinas, peces, ojos vigilantes y los dientes de una sonrisa sin rostro, como la del gato de Cheshire que conoció Alicia. Esta “V” alberga un anzuelo, la “M” el ondular del mar, aquella “N” una serpiente, la “P” una boca.

El tópico asevera que una imagen vale más que mil palabras. Cada vez que escucho esa frase ardo en deseos de replicar que las letras son a la vez imágenes y palabras, en un solo trazo. Son la fusión de dibujo y lenguaje, una alianza de la mirada y el oído. Un logro único.

Aprender a atrapar las sombras fugaces de las palabras ha sido una larga aventura del ser humano. No hemos nacido lectores, hemos llegado a serlo. Pero quizás lo más sorprendente es que culturas diversas, sin contacto entre sí, fueran capaces de crear sistemas de escritura en distintos lugares, en distin-



tas épocas. Y en cada una de esas primeras veces, los creadores de alfabetos —supervivientes o perdidos— tuvieron que enseñarse a leer a sí mismos y a sus cerebros. Como antes dije, fueron al mismo tiempo maestros y discípulos. Además, como confirman los neurólogos, tras este invento ya nunca fuimos los mismos. La lectura modificó nuestra capacidad para pensar, que a su vez transformó para siempre la evolución intelectual de nuestra especie y puso las bases de una extraordinaria y vertiginosa progresión histórica.

Al poseer escrituras, se hizo necesario inventar los libros, el cuerpo de las palabras. Nuestros antepasados miraron alrededor preguntándose qué superficie conservaría mejor la huidiza huella de las letras: si la piedra, o la tierra, o las cortezas, o los juncos, o las plantas, o las pieles, o la madera, o la tela, o el metal. Así empieza una etapa de creatividad, de bellas formas alternativas de entender el libro.



Deseo subrayar esta idea: el libro es una de las pocas invenciones que ha sido desarrollada independientemente en distintas civilizaciones sin contacto entre ellas. Hasta tal punto necesitamos los seres humanos estos baúles portátiles de memoria y sabiduría. También en el territorio que hoy llamamos México nacieron libros autóctonos, singularísimos y muy bellos. La destrucción bárbara de la mayoría de ellos, por parte de los conquistadores españoles que se consideraban civilizados, es un dolor que nunca cicatrizará.

Cuando los primeros españoles llegaron a la costa de la península de Yucatán observaron con gran asombro que los habitantes poseían libros, es decir, a los que llamamos —con terminología procedente del latín— códices. A pesar de que estos libros inspiraron la admiración de los españoles, se temía al mismo tiempo que su contenido pusiera en peligro el trabajo misionero. De ahí que fueran recogidos por los frailes y arrojados a las llamas:



«Usaba también esta gente ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con estas figuras y algunas señales de las mismas, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. [...] Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena». Esto escribió el obispo Diego de Landa en 1566, en su *Relación de las cosas de Yucatán*. Me tiembla la voz al decir que los españoles prohibieron la posesión y la lectura de las escrituras antiguas. En 1562 Landa quemó muchos códices enfrente del convento de Maní, Yucatán. «*Se los quemamos todos, lo cual les dio mucha pena*». Este es un capítulo de la historia universal de la infamia.

Hoy se conocen únicamente tres libros de papel plegado de los mayas, cuyos nombres indican las ciudades –Dresde, Madrid y París– don-



de se encuentran, y de los cuales se hizo pública su existencia en Europa durante el siglo XIX. Parece que esos tres códices llegaron a Europa durante la Conquista. López de Gómara, el secretario privado de Hernán Cortés, escribe, por ejemplo, que había libros entre los objetos que los españoles mandaron en 1519 del puerto de Veracruz al emperador Carlos V: «...*de modo plegado como paños, y de los ambos lados describían...*». Se desconoce cuál fue el destino de estos libros en la corte real de los Habsburgo. Es probable que compartieran la misma suerte que muchos otros artefactos en los gabinetes de curiosidades: por unos meses llamarían la atención de la nobleza y los miembros de la corte real, pero finalmente habrán sido olvidados.

De vez en cuando los arqueólogos encuentran pequeños fragmentos apilados de escamas de cal con pintura. Aunque el material orgánico desapareció, se conservó parte del mineral, lo



que indica que hubo una larga tira de papel de amate cubierta con una capa blanca, pintada y doblada en forma de biombo.

Los mayas llamaban *huun* al árbol de amate (*Ficus glabrata*), y usaban ese mismo nombre para el papel producido con su corteza y para los códices. El jeroglífico para referirse a estos muestra un libro doblado como un biombo entre dos cubiertas forradas con piel de jaguar. Hay que pensar que, antiguamente, los códices existentes en museos europeos tuvieron también cubiertas hechas de piel, que se han extraviado.

Los tres códices prehispánicos preservados se ocupan exclusivamente de temas religiosos y astronómicos. Albergan capítulos acerca del dios de la lluvia y su influencia en la agricultura, sobre la apicultura y los seres divinos asociados con las abejas, acerca de la caza, así como tablas astronómicas para el cálculo del ciclo del planeta Venus, y para el cálculo de eclipses solares y lunares.



Además, los códices describen actividades rituales, figuras de deidades, ceremonias para celebrar el año nuevo y profecías relacionadas con los *k'atuno'ob* (ciclos de 20 años). Revelan también nociones sobre la adivinación, ceremonias para el parto, para curar enfermos, y sobre los dioses a los que se invocaba para pedir protección.

Este listado de diferentes temas corresponde directamente a la descripción que Diego de Landa hace de las ciencias que los sacerdotes enseñaban a sus discípulos: «*Que las ciencias que enseñaban eran la cuenta de los años, meses y días, las fiestas y ceremonias, la administración de sus sacramentos, los días y tiempos fatales, sus maneras de adivinar, remedios para los males, las antigüedades [...]*». Otros autores españoles mencionan también crónicas y libros históricos que mantenían las familias reales, evanescentes libros a los que tanto desearíamos asomarnos.



Si creemos a los autores españoles, habría además cartas y piezas poéticas. Todas estas formas de literatura maya, sin embargo, se han perdido, y la esperanza de encontrar otro códice en una cueva seca o en una excavación arqueológica es remota, habida cuenta del clima cálido y húmedo de la región.

Agradezco profundamente al profesor Erik Velásquez García, investigador adscrito a la Universidad Nacional Autónoma de México, haberme descubierto que en las representaciones de los escribas aparece *Ux Yop Huun*: dios del árbol del amate, quien vive dentro de los códices y es la plasmación del alma de los libros. Así figura en el vaso cerámico K760, que representa a las deidades de los escribas. Aquí emerge la idea de que cada libro contiene un alma, una energía animada, divina, que late en sus signos.

Este concepto me retrotrae al antiguo Egipto donde, durante los siglos faraónicos, hubo bi-



bliotecas en los templos. Las fuentes mencionan las “casas de la vida”, depósitos de la milenaria tradición, donde copiaban, interpretaban y protegían los textos sagrados. Los detalles más precisos sobre una biblioteca egipcia los relata un viajero griego, Hecateo de Abdera, que en tiempos de Ptolomeo I consiguió una visita guiada por el templo de Amón en Tebas. Describe como una experiencia exótica su recorrido por el laberinto de salas, patios, pasillos y habitaciones del recinto. En una galería cubierta dice haber visto la biblioteca sagrada sobre la cual se hallaba escrito: “Lugar de cuidado del alma”. Según la doctora Marina Escolano-Poveda, las bibliotecas en el Egipto antiguo recibían el nombre de *pr-mDA.t* (per-medjat), literalmente “casa de los libros”. Pero donde se copiaban los libros eran las “casas de la vida” (*per-ankh*). Llamaban a los libros *bA.w-ra* (bau-Ra), es decir, “almas de Ra”.



De nuevo, una civilización creadora de escritura habla del alma de los libros. Desde esa óptica se explica el profundo horror que nos inspira su destrucción. Miguel León Portilla escribió un conmovedor poema sobre las lenguas que se extinguen. Aniquilar libros es un ataque a las fuentes de la memoria y del lenguaje:

*«sus palabras de amor,
entonación de dolor y querencia,
tal vez viejos cantos,
relatos, discursos, plegarias,
nadie, cual fueron,
alcanzará a repetir [...].
Espejos para siempre quebrados,
sombra de voces
para siempre acalladas:
la humanidad se empobrece».*

Si en las culturas egipcia y maya los libros están habitados por almas, nosotros hemos construido una equivalencia simbólica entre nuestros



cuerpos y los libros. “Te leo como un libro abierto”, decimos. Me gustaría detenerme en este aspecto de la carnalidad libraria. El cristianismo forjó la antiquísima idea ritual de que comer un libro significa asimilar, digerir, apropiarse de las palabras que contiene. Hacerlas carne e inspiración propia. Devorar libros no es tan solo una metáfora de la avidez lectora, sino de la posesión del saber y la elocuencia.

En la Biblia, a la que llamamos “libro” por antonomasia, aparecen varios momentos de bibliofagia. Ezequiel 3:3 «*Me dijo: Hijo de hombre [...] come este rollo y ve y habla a la casa de Israel. Y abrí mi boca, y me hizo comer aquel rollo. [...] Y lo comí, y fue en mi boca dulce como la miel. Luego me dijo: Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla [a ellos] con mis palabras*». También un pasaje similar en Apocalipsis 10: 8-10 «*La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y me dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del*



ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes».

En la sociedad judía medieval se celebraba con una ceremonia solemne el momento del aprendizaje, cuando los libros hacían partícipes a los chiquillos de la memoria comunitaria y del pasado compartido. Durante la fiesta de Pentecostés, el maestro sentaba en su regazo al niño al que iba a iniciar. Le enseñaba una pizarra en la que estaban escritos los signos del alfabeto hebreo y a continuación un pasaje de las Escrituras. El maestro leía en voz alta, el alumno repetía. Luego se untaba con miel la pizarra y el iniciado



la lamía, para que las palabras penetrasen simbólicamente en su cuerpo. También se escribían letras en huevos duros ya pelados o en pasteles. El alfabeto se volvía dulce y salado, se masticaba y se asimilaba. Entraba a formar parte de uno mismo. ¿Cómo no va a ser mágico el alfabeto, que descifra el mundo y revela los pensamientos?

Añadiría como curiosidad una mención a las historias fantásticas sobre animales que engullen libros y los preservan. Es el caso presunto de un pescado, capturado en 1626 frente a las costas de Inglaterra, que se había tragado supuestamente los escritos de John Frith, un sacerdote protestante. Posteriormente esta obra se reeditó con el título *Vox Piscis*, o *Book-Fish*, es decir, «el Libro-Pez que contiene tres tratados, encontrado en el vientre de un bacalao en el mercado de Cambridge la víspera de San Juan».

Existe también el concepto antitético de comerse las propias palabras, como forma de re-



tractarse. En una de las varias guerras que en el siglo XVII emprendió Carlos X Gustavo de Suecia contra Dinamarca, un adversario del monarca llamado Dietrich Reinkingk (*Theodorus* en su forma latinizada) escribió un folleto, *De perfidia Suecorum* (*Sobre la traición de los suecos*), por el que fue encarcelado (por los suecos, claro). Años después, se le ofreció la libertad a cambio de comerse su libro o la decapitación. Con buen criterio, y tras hervir los papeles, el autor optó por la primera opción. En el siglo XVIII, Bernard, duque de Sajonia-Meiningen, invitó a cenar en su palacio al escritor Isaak Volmar, autor de algunos panfletos contra él. Pero lo que parecía una muestra de magnanimitad, solo fue una demostración de la ruindad del duque que, una vez allí, le obligó a comer –en esta ocasión en crudo– su última sátira sobre él.

Definitivamente, un libro es el objeto más parecido al ser humano. Cofre de voces. Viaje-



ro. Tenaz superviviente. El menos inanimado de los objetos inertes. En él podemos acceder a las ideas de las mejores mentes de todos los tiempos, a la memoria del pasado. Parafraseando al poeta alemán Heine, quien hace daño a los libros acaba por hacer daño a las personas. Como afirma el bibliotecólogo venezolano Fernando Báez, en su obra *Nueva historia universal de la destrucción de libros*: «*Los libros y las bibliotecas son trincheras de la memoria, y la memoria es la base de la lucha por la equidad y la democracia. Son emboscadas contra la impunidad, contra el dogmatismo, contra la manipulación, contra la desinformación, y ha de ser por eso que han incomodado y siguen estorbando tanto a los poderosos, que las destruyen o las arruinano, lo que es aún peor, las vuelven inaccesibles*».

Importa subrayarlo en una universidad donde se protege y se expande ese legado. Donde el debate y la conversación con los libros, con esas hileras de hormigas locuaces, amplía hori-



zontes. Donde el quehacer cotidiano es talismán contra el olvido. Donde el alma de los libros se torna *alma mater*. Aquí, en la Universidad de Colima, sigue vivo el anhelo milenario de esos dibujantes de sueños: proteger nuestras mejores ideas, nuestras mejores historias, de la feroz tiranía del olvido. Celebremos estos cofres de palabras que nos volvieron más memoriosos, menos desvalidos y más sabias. Gracias por su generosidad infinita.

Bibliografía

- Báez, F. (2011). *Nueva historia universal de la destrucción de los libros. De las tablillas sumerias a la era digital*. Editorial Destino.
- Báez, F. (2013). *Los primeros libros de la humanidad. El mundo antes de la imprenta y el libro electrónico*. Editorial Fórcola.
- Clayton, E. (2015). *La historia de la escritura*. (M. Condor, trad.). Editorial Siruela. (Edición original: *The Golden Thread. The Story of Writing*, 2013).
- Diodoro Sículo (s. f.) *Biblioteca histórica*. I, 49, 3.
- Dehaene, S. (2007). *Les neurones de la lecture*. Odile Jacob.



-
- Escolano-Poveda, M. (2013). Antiguos escribas, copistas modernos. En J. Virgili (Ed.), *Papiro erótico* (pp. 129-152). San Feliu de Llobregat: Bibliogemma.
- Hustvedt, S. (2013). *Vivir, pensar, mirar*. (C. Ceriani, trad.). Editorial Anagrama. (Edición original: *Living, Thinking, Looking*, 2012).
- Manguel, A. (2002). *Una historia de la lectura*. (J. L. López Muñoz, trad.). Alianza Editorial. (Edición original: *A History of Reading*, 1996).
- Martínez, A. y Vega, M. E. (eds.). (2015). *Los mayas: voces de piedra*. UNAM, Turner.
- Plinio el Viejo (s. f.) *Historia natural*. XXXV, 43, 151.
- Reyes, A. (1979). *Libros y libreros en la Antigüedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez-Vidal, A. (2011). *La especie simbólica*. Universidad Pública de Navarra, Cátedra Jorge Oteiza.
- Solnit, R. (2020). *Una guía sobre el arte de perderse*. (C. Ministral, trad.). Editorial Capitán Swing. (Edición original: *A Field Guide to Getting Lost*, 2005).
- Velásquez, É. (2014). Oralidad, pictografía y escritura de los pueblos indígenas. En *Historia ilustrada de México* (E. Florescano ed.). Debate.
- Villoro, J. (2024). *No soy un robot. La lectura y la sociedad digital*. Anagrama.
- Wolf, M. (2008). *Cómo aprendemos a leer. Historia y ciencia del cerebro y la lectura*. (M. Rodríguez-Courel, trad). Ediciones B. (Edición original: *Proust and the Squid*, 2007).
- Wolf, M. (2020). *Lector, vuelve a casa*. (M. Maestro, trad.). Editorial Deusto. (Edición original: *Reader, Come Home*, 2018).

COLOQUIO

Encuentro con la infinita

Susana Aurelia Preciado Jiménez: Después de escucharle esta mañana, es realmente un honor darle la bienvenida a usted, que es una invitada excepcional y que ahora forma parte del claustro de nuestra querida *alma mater*. Además de sus logros literarios, la doctora Vallejo ha sido reconocida con múltiples distinciones, entre ellas, creo yo una de las más importantes, es haber recibido el Doctorado Honoris Causa de nuestra institución. Quiero rescatar que en su discurso



de aceptación esta mañana, con elocuencia única, nos transportó a través del tiempo y los espacios, evocando el danzar de las letras en distintos momentos históricos. Sus palabras no sólo lograron cautivar a la audiencia, sino que nos invitaron a imaginar esos hermosos lugares, esas bibliotecas antiguas, los talleres de los copistas, y los sueños de quienes entendieron que los libros son semillas de futuro.

Hoy, la doctora Vallejo compartirá con nosotros los momentos clave de su trayectoria, las ideas que han marcado su obra y las lecciones que podemos aplicar en nuestro quehacer docente, sin duda será una conversación enriquecedora que reafirmará el poder transformador de las humanidades.

Irene Vallejo Moreu: Gracias por su hospitalidad y por regalarme este día tan hermoso e inolvidable que estoy viviendo acá en Colima. Les decía que me siento profundamente agra-



decida, y si tuviera que definirme rápidamente en pocas palabras, diría que soy la nieta de tres maestros rurales que en la Posguerra Española, en circunstancias muy duras, se dedicaron a la enseñanza. En aquel momento en España existía un dicho, “pasar más hambre que un maestro”, porque realmente la enseñanza en esas escuelitas era una dura prueba de resistencia atlética a los fríos, al hambre, a las dificultades, a las carencias y a los sinsabores. Pero aun así, mis tres abuelos creían profundamente en el valor de la pedagogía y yo soy la heredera de esa educación.

A uno de esos tres abuelos le dedico un apartado en *El infinito en un junco* donde cuento que cuando yo era pequeña me llevaba de la mano y me enseñaba que había que cuidar de todo y de todos, incluso de los desconocidos. Si él veía una cáscara de plátano en la calle, la recogía y la tiraba a la basura; regaba los árboles que padecían los crueles veranos de nuestra ciudad



y de nuestro clima; siempre que pasaba bajo un andamio se aseguraba de que era firme o colocaba bien las tapas de las alcantarillas para que nadie tropezase. Entonces me decía una frase que me dejó una impronta muy honda, me decía “así como nosotros hemos evitado esos peligros, quizá alguien no se romperá la pierna tropezando con la cáscara de plátano, pero nunca lo sabrá”. Y me decía “El bien no se nota. El mal es estriidente, el mal es ruidoso, el mal es violento y el bien no se nota, pero es lo que permite que todas las cosas discurran, existan, crezcan y lleguen a la plenitud”.

Y creo que esa frase me resume perfectamente lo que es la educación, ese bien que de inmediato no se nota, que son semillas plantadas que germinarán a lo largo del tiempo y que al final darán los frutos más hermosos. Si no hubiera existido esa siembra, esa educación, muchas vidas se torcerían o se perderían o quedarían mu-



tiladas. Ese bien que no se nota del que hablaba mi abuelo, creo que es lo que encarnan las universidades públicas como ésta, es lo que hace tan emocionante, tan hondo, recibir hoy este honor y este regalo de ustedes. Solo quisiera que mis tres abuelos maestros pudieran estar hoy a mi lado y compartir estas emociones y este hermanamiento que estamos viviendo entre memorias, entre experiencias, entre pasiones compartidas.

Adriana Mancilla Margalli: Doctora, buenas noches, mi nombre es Adriana Mancilla Margalli de la Facultad de Filosofía. Bienvenida a nuestra universidad, es un lujo tenerla aquí y el bien que hizo su abuelo lo estamos viendo, sí se nota, está aquí con nosotros. Y bueno, su escritura, ese diálogo entre el mundo antiguo y nuestro presente, nos muestra una comunidad humana, una común condición que trasciende espacio y tiempo y nos hace reconocernos en el otro de cualquier sitio y época. Eso lleva a preguntar, a



partir de nuestros repetidos yerros y aciertos, de nuestros vicios y virtudes, de nuestras vergüenzas y hazañas como humanidad ¿cree que hemos aprendido algo de nuestra propia historia y de nuestro propio pensarnos y explicarnos? Es decir ¿hay lugar para la esperanza?

Irene Vallejo Moreu: Gracias Adriana. Esa pregunta se la está planteando usted a una optimista impenitente, entonces advierto a todos ustedes para que puedan también hacer sus filtros, porque yo siempre intento ver el lado optimista. Es cierto que hay muchas razones para la tristeza y el desaliento en los acontecimientos históricos del pasado, pero yo pienso que contar con todo ese caudal de experiencias que conocemos y recordamos gracias a la existencia de la escritura y los libros, nos ha ayudado como seres humanos a salir de la estrecha vía de nuestra experiencia vital y extendernos en el conocimiento del pasado, que nos permite catapultarnos hacia el futuro.



Hay una frase de la filósofa Hannah Arendt que a mí me gusta especialmente, que dice, “es el futuro el que nos arrastra hacia el pasado”. Y por supuesto que es importante conocer esa historia, por supuesto que ese conocimiento del pasado nos permite aprender de los errores. No siempre, no en todos los casos, pero en muchas ocasiones sí, sobre todo el conocimiento de la historia, el conocimiento profesional del pasado. La lectura de libros rigurosos y científicos sobre los acontecimientos que nos precedieron, nos convierten en personas menos influenciables, menos vulnerables ante la propaganda y la manipulación. Entonces, creo que ese es el gran motivo por el que la historia y la filosofía son las herramientas esenciales que tienen que estar presentes en todas las profesiones, en todas las ramas del saber que tienen su propia historia, la de su trayecto, y tienen también esa dimensión filosófica de todos los dilemas éticos.



Entonces, sí, yo creo que el conocimiento de la historia realmente nos ha hecho mucho más conscientes y la prueba es que antes de la escritura, en esa etapa que llamamos prehistoria, tenemos unos conocimientos mucho más someros de todo lo que sucedió. Ese momento en el que aparecen la escritura y los libros, como decía esta mañana, es extremadamente reciente, de esa época tenemos un conocimiento muy preciso, muy concreto y eso nos permite expandirnos en todas las direcciones y poder hacer unas predicciones cada vez más elaboradas y perfiladas para el futuro, y también tener los mimbres y las herramientas para intentar pensar e imaginar el futuro que soñamos.

Guillermina Chávez Torres: La revisión que hiciste sobre la etimología de ministro y maestro, la verdad me gustó mucho ese texto porque nos invita a pensar, por un lado, que como sociedad ponemos más énfasis en los asuntos po-



líticos, económicos y demás, y no volteamos a preocuparnos de manera global en la educación y en los procesos de enseñanza aprendizaje. Eso por un lado y por el otro, la revisión que haces de reivindicar el papel del docente y del maestro, implicaría este rescate de la imagen del docente en la sociedad, y cómo la etimología de esta palabra significaría un cambio al proceso de ascenso, de transitar del ministerio a una escuela, por ejemplo, me parece muy interesante ese escrito.

Entonces, por un lado retomar esa idea y, por el otro, en este mundo contemporáneo en el que la inmediatez del consumo, el uso constante y cotidiano de las tecnologías de información y comunicación, sin duda impacta en la forma en la que construimos —sobre todo las generaciones más jóvenes— el lenguaje; cómo se construyen los imaginarios y cómo los aprendizajes y estas sinapsis que se generan en la forma de la conducta. Me gustaría que nos compartieras



cómo la imagen del docente se podría reivindicar social y culturalmente ante este escenario que se nos presenta bastante complejo. Esa sería la pregunta central y cómo podríamos entonces hacer este rescate, muchas gracias.

Irene Vallejo Moreu: Gracias Guillermina. La verdad es que yo pienso que el trabajo de la enseñanza es el más importante que existe en el mundo y que mis abuelos se dedicaron a la tarea más bella que puede haber, la más importante, la más trascendental, porque es la base de todo lo demás. Todo nace a partir de la educación y es la condición previa para cualquier otro desarrollo posible.

En la columna periodística a la que se refería Guillermina, yo repaso la etimología latina de las palabras ministro y maestro, ministro viene de la raíz, del adverbio *minus*, que es una raíz que está en la palabra “minúsculo”, significa menos, lo pequeño, lo mínimo. Por tanto, el minis-



tro sería la persona que se ocupa de las tareas de importancia secundaria, de importancia menor. Mientras que maestro viene de la palabra latina *magíster*, que incluye la palabra *magis*, que significa lo más. Entonces el maestro es el que se ocupa de las cosas importantes y el ministro de las minucias. Y a partir de esa constatación etimológica que nos viene del legado del latín, pues yo terminaba el artículo afirmando que pasar de un ministerio a una escuela es un ascenso, porque es pasar de lo menos a lo más.

Efectivamente, tengo la sensación de que en este mundo contemporáneo proyectamos nuestra admiración y nuestro interés hacia profesiones que realmente no ofrecen tanto al mundo como la enseñanza, aunque sean perfectamente respetables y sea conveniente también reconocer el mérito en todos los oficios. Pero la educación es el más esencial, desde los tiempos de Sócrates —que fue obligado a tomar la cicuta bajo acu-



sación de pervertir a la juventud— tenemos un triste historial de persecución a los docentes, de obstáculos, de falta de reconocimiento, de falta de medios y eso es algo contra lo que creo que es muy importante luchar y de alguna manera intentar recolocar las cosas en su justa medida.

Porque la educación es para mí la mayor esperanza de un ascensor social justo. Esto que permite a todas las personas oportunidades que a lo mejor no les estaban garantizadas por su nacimiento. Yo misma soy el resultado de la educación pública en el colegio, en el instituto, en la universidad, las becas que me permitieron después estudiar el doctorado en la ciudad de Florencia y también investigar en Oxford. Y toda mi trayectoria intelectual se sostiene gracias a la apuesta que la sociedad colocó en mí a través de esas becas y de esa educación pública. Entonces, siempre que tengo la oportunidad expreso esa gratitud, ese reconocimiento, sé que hay un es-



fuerzo detrás de todas las personas que sustentan la educación pública con su trabajo cotidiano, por eso creo que hay que ser extremadamente aguerridos en la defensa de la educación, y muy especialmente de la educación pública, que es la única que realmente no cierra las puertas a nadie.

El mundo tecnológico a veces nos desconcierta porque nos hace prestar más atención a los soportes, a los instrumentos, a las mecánicas, que no a los contenidos. Y son los contenidos lo realmente esencial, sean cuales sean las tecnologías que los soporten, que les sirvan de vehículo. Estamos en una época en que, debido a la inteligencia artificial y a muchos otros retos sociales y económicos, la educación afronta dificultades como siempre, más que nunca, pero como siempre. Por eso, en la medida de lo posible, yo intento insistir en que formemos de una manera muy cuidadosa a las personas que se van a dedicar a la enseñanza. Porque son nuestra esperanza, y después que co-



loquemos también confianza en los docentes, que a veces están profundamente cuestionados, pero son los especialistas en un oficio muy difícil, muy generoso y absolutamente imprescindible.

Juan Carlos Meza Romero: Mi pregunta es la siguiente, en su libro *El infinito en un junco*, usted relata de manera fascinante una escena de la película *El cielo sobre Berlín*, en la que la cámara se desliza por la enorme sala de lectura y, de repente, sin que nadie llegue a percibirlo, entran a la biblioteca un grupo de ángeles. Como los humanos no pueden verlos, los ángeles se acercan con libertad y se sientan a su lado, se asoman a los libros que están leyendo, quieren entender qué sienten los vivos en esos momentos y por qué los libros los atrapan con tal atención e intensidad. ¿Cómo podríamos, como profesorado universitario, cultivar en nuestro alumnado esa misma capacidad de asombro por la lectura que se ejemplificó en este caso con los ángeles?



Irene Vallejo Moreu: Gracias, muchas gracias por esta pregunta. La cuestión de la promoción de la lectura y del cultivo de ese hábito, porque leer también es un hábito, es algo que se va mejorando a lo largo del tiempo y que se va disfrutando y conociendo mejor a medida que se practica, es completamente esencial. Ayer con el doctor Juan Carlos Yáñez, comentábamos que él inicia muchas veces sus clases leyendo un fragmento de un texto breve o de un relato, o de algún conjunto de ideas que no están directamente relacionadas con la asignatura que imparte, pero que están orientadas a despertar curiosidad por los asuntos más variados que abordan la literatura, la filosofía, el ensayo, la historia.

Yo creo que la curiosidad existe en todos nosotros, que somos criaturas ávidas de conocer, de entender y de ver, y que cuando captamos las razones por las que las cosas suceden, sentimos una especie de alegría interior irrefrenable.



Cuando algo que carecía de sentido, de repente se vuelve mucho más nítido y comprensible, entonces eso es algo que hay que cultivar, no dejar que caigamos en la apatía y en la pasividad a la que muchas veces nos arrastran las pantallas, los celulares. Este riesgo que existe ahora mismo para jóvenes, adultos y personas de todas las edades, es estar mirando las pantallas, las redes sociales, los buscadores y dejar que nos encierran en una burbuja, porque siempre nos proporcionan contenidos que van a reforzar nuestras ideas y nuestros prejuicios previos.

La lectura tiene la capacidad de sacudir esos prejuicios y esos conceptos que habitan en nosotros y que muchas veces ni siquiera hemos cuestionado. La ventaja de leer un libro, frente a utilizar un celular para leer noticias o contenidos, es que el libro nos va a retar, nos va a retar interiormente. No nos va simplemente a dar la razón, no nos va a halagar diciéndonos que nuestras



convicciones son las más acertadas, como hará el celular, sino que nos confrontará ante ideas distintas, transformadoras, con las que a veces no estaremos de acuerdo, otras veces sí o a lo mejor parcialmente, pero que no van a tener contemplaciones, no van a transformarse para adularnos. Y eso es un ejercicio intelectual ineludible en estos tiempos, si queremos mantener a la gente joven alerta, despierta, vital y capaz de entender los grandes retos del presente.

Entonces, esa lectura compartida en las clases, dejar un espacio de tiempo para disfrutar la lectura en voz alta, es una herramienta muy valiosa desde los tiempos de la oralidad para introducir a los libros, para abrir puertas de lecturas posibles, para ofrecer reflexiones que a lo mejor nunca se les había ocurrido a nuestros estudiantes. Pues ese me parece un ejercicio que es muy valioso y que tiene una fuerza enorme, porque desde que la humanidad existe nos hemos reuni-



do alrededor de las hogueras a contar historias, a compartir pensamientos, a relatar nuestras memorias, y ese ejercicio tiene un atractivo enorme.

Pensamos que el ejercicio de leer en voz alta es algo a lo que tienen derecho solo los niños pequeños, en la infancia les leemos cuentos antes de dormir, y pareciera que los adultos perdiéramos el derecho a que nos lean en voz alta, cuando es un ejercicio maravilloso. Yo les animaría a practicarlo también en sus clases y en las aulas, la lectura de textos breves o de fragmentos que puedan ser estimulantes y que les aviven el deseo de leer, de pensar o al menos de cuestionar sus certezas.

Alberto Bricio: Primero gracias por compartir el conocimiento y felicidades por su doctorado. Mi nombre es Alberto Bricio, soy docente de la licenciatura en nutrición en la Facultad de Medicina y mi pregunta va, de hecho, en sintonía con lo que dijo el doctor Meza, que es



nuestra labor como docentes ahora afuera del aula, que es curioso porque a veces necesitamos inspiración, entonces, ¿cómo nosotros, nosotras podríamos inspirarnos para, a su vez, inspirar a nuestros estudiantes para el fomento del pensamiento crítico? Yo asumo que con esto, de hecho, podríamos fomentar la apertura para cuestionar y para ser flexibles ante estas cuestiones y con ello transformar ideas. Muchas gracias.

Irene Vallejo Moreu: Gracias Alberto. Ojalá yo tuviera la respuesta para esa pregunta que podría mantenernos debatiendo durante una sesión entera. Pero sí creo que es muy importante, intuyo, al menos desde mi experiencia, que primero a la persona que enseña le tiene que gustar, realmente apasionar, interesar, intrigar su materia; porque solo puedes transmitir ese entusiasmo si de verdad tú sientes profundamente que eso que estás enseñando no es solo una colección de datos eruditos, sino algo que encaja profundamente en



la raíz de lo humano. Por eso esa vocación me parece muy importante y, en general, la pedagogía y la enseñanza tienen, creo, que estar guiadas por ese amor profundo a la materia.

Uno de los grandes pedagogos de la Antigüedad, que además nació muy cerca de donde yo provengo, que era Quintiliano, que escribió las *Instituciones oratorias*, que es uno de los libros básicos y fundamentales para entender la pedagogía romana antigua, decía que en la enseñanza el amor por el maestro se acabará convirtiendo en el amor por la materia; o sea, que tiene que haber también una actitud abierta y cariñosa hacia los estudiantes para que ese afecto, esa amistad, ese interés o esa admiración hacia la persona, acaben trasladándose a la materia que les explica o que comparte con ellos.

En segundo lugar, para mí siempre era importante cuando daba clases, mantenerme en contacto con muchas disciplinas artísticas, por-



que aunque parezca que no tengan ninguna conexión con lo que enseñamos, sí que creo que nos devuelven a la raíz de lo que nos hace esencialmente humanos y también con las herramientas con las que conseguimos emocionar, comunicar a las otras personas. Podemos aprender del teatro, de la literatura, del cine, de la música, de la danza, de todas esas disciplinas, entender cómo se mantiene la atención, cómo se estimula el pensamiento, cómo se emociona y se commueve, y de formas muy muy inesperadas aplicar eso también a la forma en la que impartimos las clases. También porque la lectura renueva nuestras ideas y nos saca de los mimetismos o de la metodología mecánica que a veces hemos aprendido.

En los tiempos en los que daba clases, creo que aprendí de mis alumnos la lección esencial que luego trasladé a *El infinito en un junco* cuando lo estaba escribiendo, y es que es muy importante emocionar. Cuando yo empezaba a dar



clases, como jovencísima profesora, reproducía los mismos métodos con los que a mí me habían enseñado, que consistían en hacer clases muy abstractas sobre conocimientos, épocas, datos concretos, ideas y conceptos esenciales, y solo cuando ya había transmitido, digamos, la materia pesada de la asignatura y de la sesión, contar una historia, una anécdota, un chiste, una peripecia, una vida personal, una biografía, como para aliviar la atmósfera y crear un poco más de distensión. Y cuando corregía los exámenes de mis alumnos me daba cuenta de que toda la parte principal y abstracta de la asignatura no les había dejado huella, y lo único que recordaban era la anécdota, la propina, la historia. Y eso me hizo pensar que la humanidad ha transmitido el conocimiento en forma de historias a lo largo del tiempo y que tenemos un cerebro narrativo.

Entonces, en la medida en que podamos sacar de la abstracción los conocimientos, aterri-



zarlos en la Tierra en historias de personas, relacionarlos con la vida de quienes nos escuchan, explicarles por qué eso es vital e importante, qué cambios ha producido, qué búsquedas y retos tuvieron que afrontar las personas que llegaron a esos conocimientos o a esos hallazgos, tendremos mucha más posibilidad de dejar una huella duradera, porque las cifras frías y los datos resbalan en la memoria. Ahora los neurólogos ya han descubierto que, efectivamente, las áreas de la memoria y de la emoción están muy interrelacionadas en la mente y por tanto, en la medida que conseguimos emocionar, llegar, tañer esas cuerdas interiores de quienes nos escuchan, tendremos muchas más posibilidades de dejarles una huella con lo que intentamos transmitir.

Eso es lo que yo apliqué en *El infinito en un junco*, el esfuerzo por convertir todos esos 10 años de investigación académica sobre la historia de la lectura, en un tapiz de historias que fueran



dinámicas, que fueran apasionantes y que casi parecieran una novela de aventuras, cuando en realidad lo que estoy transmitiendo es el conocimiento sobre la historia de los libros y algunos aspectos muy técnicos sobre la apariencia concreta y la elaboración de los libros. Pero en la medida que se consigue convertir en una anécdota, en un viaje, en una aventura, en una peripécia, pues tiene muchas más posibilidades de dejar huella y memoria en quienes escuchan o leen o comparten, muchas gracias.

Krishna Naranjo Zavala: Hola Irene, mi nombre es Krishna Naranjo de la Facultad de Letras y Comunicación. Ha sido un verdadero gozo, un gozo profundo, literario, vital, leerte y por supuesto escucharte. En *El infinito en un junco* no solamente se albergan estos libros, autores, personajes históricos, personas anónimas que han cuidado los libros, se apuesta mucho por la palabra; y en mi lectura me llegaron



frases que además son bellísimas, pero bellísimas en tanto potentes, en tanto certeras. Hubo una que quisiera hoy yo plantearte porque pondera mucho la cuestión de la escucha activa, que dice algo así como: los primeros relatos de tu vida entraron por las caracolas de tus orejas. Me pareció bellísimo cómo recreas esto. Hoy en día, en donde la tendencia es más comunicarnos de manera instantánea, leernos rápido, con imágenes, etcétera, y que de pronto esta escucha activa se va perdiendo ¿Qué es lo que tú nos puedes decir acerca de esto? Gracias.

Irene Vallejo Moreu: Gracias de corazón, una pregunta muy hermosa. Para mí la oralidad es un factor esencial, todavía, de la comunicación. Creo que la aparición de la cultura escrita no acabó con la oralidad y, de hecho, todavía celebramos conferencias, clases que nos remiten al poder de la oralidad. Tenemos que ser conscientes de que esa fuerza de la palabra sigue ma-



nifestándose y desplegándose completamente en el momento presente. Por eso yo siempre he sido partidaria de las lecciones de oratoria, o al menos de los debates como ejercicio académico. En el mundo anglosajón que yo conocí, en Oxford, se practica constantemente el debate en las clases para ayudar a perfilar mejor los argumentos en el intercambio con otras personas u otros equipos de debate y de esa manera se ayuda también a desarrollar incluso la capacidad de argumentar en un sentido, en el otro.

La parte técnica que tiene el uso de la palabra elocuente que es tan importante, y los antiguos lo sabían a la perfección porque consideraban la oratoria uno de los grandes géneros literarios. En efecto, leer supuso un cambio en los equilibrios, antes el oído tenía más importancia y cuando enseñamos a los ojos a escuchar a través de la lectura, entonces se desequilibró más a favor de lo visual. Todavía en el presente en-



contramos a veces ese desequilibrio, la tendencia a recurrir o a preferir las imágenes, los vídeos, las redes sociales, al ejercicio de la palabra desnuda o la palabra alada, como decía Homero.

Sin embargo, yo sigo creyendo que la palabra y la presencia tienen un gran poder, y una de las demostraciones sería la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que está teniendo lugar estos días donde la gente acude de todo el país, a veces incluso de otros países, para escuchar a escritores o para tener ese momento de conversación y de presencia íntima con ellos. Sí hay que defender el uso de la palabra, porque la palabra también se puede marchitar o se puede opacar si no la utilizamos con cuidado, con precisión, con conocimiento y también con buena fe. Porque hay ciertas palabras que la necesitan, la buena fe, que no se utilicen esos grandes conceptos en los que se sostiene nuestra esperanza solo para atacar, para agredir, para manipu-



lar o para dañar a otras personas. El lenguaje es una oportunidad enorme, pero también se puede utilizar para hacer un daño terrible.

En este sentido, yo una vez escribí un artículo sobre lo que se llama el síndrome de Pigmalión, esto es, que hace referencia a un mito antiguo que es el de un escultor que se enamoró de una de sus estatuas, la que había construido que representaba una mujer bellísima. Entonces deseó tan profundamente que esa mujer se volviera de carne y hueso para poder amarla y tener una relación con ella, que los dioses en premio le dieron la vida y la convirtieron en un ser viviente. Entonces, el llamado síndrome de Pigmalión, lo que supone es que nuestra percepción de las posibilidades de una persona, pueden hacerse realidad, como sucede con la estatua de Pigmalión.

Hay un experimento en el cual se hicieron en una serie de clases unas pruebas de inteligencia y se les dieron a los maestros unos resultados fic-



ticos, les dijeron que los alumnos que habían demostrado tener más capacidad e inteligencia eran una serie de nombres escogidos aleatoriamente y que no se correspondían a los resultados reales de las pruebas. ¿Qué sucedió? Que a final del curso esos alumnos tuvieron los mejores resultados académicos. ¿Por qué? Porque quien enseña también proyecta sus expectativas en el otro y la confianza. En la medida en la que crees en la otra persona, en que se lo expresas y se lo demuestras, lo alientes y le das alas. Las palabras dolorosas, las palabras que minan nuestra confianza nos pueden hundir y nos pueden hacer realmente menos inteligentes, menos brillantes de lo que realmente somos por la fuerza que tienen para abatirnos. O todo lo contrario, si son palabras de confianza, de aliento, de cariño, pueden hacernos remontar.

Esto lo he vivido con mi hijo, que ha nacido con graves problemas de salud y ha tenido dificultades de aprendizaje y yo me he dado



cuenta de lo importante que es la confianza, que en ningún momento creyera que no confiábamos en su potencial y en sus capacidades. Entonces, ahí está la fuerza de la palabra, la fuerza de lo que transmitimos y comunicamos a las personas a las que educamos, o a las personas con las que nos relacionamos. Y este es un poder terrible que es desasosegante, lo podemos utilizar muy bien o muy mal. Dice el evangelio, “una palabra tuya bastará para sanarme”, esto puede ser así o puede ser todo lo contrario, y por eso hay que ser conscientes de ese poder enorme de la palabra, de la presencia, de la reacción y de la actitud, y ejercerla de la mejor manera posible.

José Manuel de la Mora: Agradezco a quienes organizaron esta noche tan especial en la que tuve suerte porque mi pregunta fue escogida, soy José Manuel de la Mora, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Yo quisiera preguntarle, doctora, de qué manera el ejemplo de



Irene Vallejo puede ser de utilidad para nuestras adolescentes mexicanas, sobre todo en este momento, que se den cuenta de su enorme importancia, de su enorme valor, sobre todo en este momento que en México vivimos entre tanta violencia y entre tantos terribles feminicidios.

Irene Vallejo Moreu: Gracias por esa afirmación. Yo creo que las mujeres mexicanas tienen grandes referentes en su propia cultura. Yo misma hace unos días en la FIL de Guadalajara expliqué y compartí con el público cómo una generación de escritoras latinoamericanas que han empezado a publicarse en España en las últimas décadas, sirvieron para alentarnos a las mujeres que escribimos en mi país, en España, y para darnos confianza y para impulsarnos a seguir trabajando y tener más fe en nosotras mismas. Porque hay en estos momentos, en Latinoamérica, un movimiento literario de mujeres extraordinariamente valiosas y brillantes y reconocidas que



se convierten en referentes para nosotras en Europa, especialmente en España.

Acá en México, por ejemplo, tienen a Cristina Rivera Garza, que creo que ha escrito un libro totalmente esencial respecto al tema que mencionaba, que es *El invencible verano de Lilián*, que creo que será un clásico absoluto, que ganó el premio Pulitzer y que supo perfectamente encontrar las palabras para esos silencios que nos habían asfixiado durante tantas décadas y nombrar el feminicidio, rebelarse contra las trampas de la culpabilización a la víctima y hacer en definitiva un homenaje de su hermana, no solo como si el haber sido víctima de un feminicidio la definiera completamente, sino precisamente en todo lo que la hizo esencial, valiosa, brillante a lo largo de los años en los que vivió. Y ese libro ha sido verdaderamente una brisa refrescante y nueva que ha cambiado la forma de hablar y de pensar sobre ese tema.



Recuerdo un Día de la Mujer, un 8 de marzo en Madrid, en la Casa de México, una conversación con Brenda Navarro y con Cristina Rivera Garza, que tuve la oportunidad de participar y después de esa conversación sobre todos estos temas, participamos en una lectura colectiva que se estaba haciendo a través de Internet, de esa novela sobre Liliana, en la que se hacía una maratón, un relevo, y se leía la novela de principio a fin en distintos países y latitudes, celebrando precisamente a Liliana, que ya aparece en las pancartas de las manifestaciones del 8 de marzo en España como un referente esencial.

Y tantas otras figuras como Guadalupe Nettel, como la jovencísima Aura García Junco a la que ahora estoy leyendo y a la que he podido conocer en la FIL, Valeria Luiselli, tantas figuras que están transformando nuestra mirada y que demuestran que la literatura y el arte en general, pueden ayudarnos a manifestar nuestra de-



manda de justicia social y pueden ser un camino lleno de futuro. Por eso yo siento que realmente hay un sentimiento de gratitud mío hacia la cultura mexicana, hacia Elena Garro, que no es una escritora joven, pero a la que hemos empezado a leer ahora mismo, hace poquísimo tiempo, Elena Poniatowska o Margo Glantz, todas esas grandes figuras de referencia que siempre estuvieron ahí y que ahora nos recuerdan, Rosa Beltrán otra, que las mujeres podemos tener una presencia importante en la sociedad, Rosario Castellanos que es absolutamente maravillosa, y bueno, desde Sor Juana Inés en adelante.

Por eso yo lo que respondería es que realmente lo que no les faltan son referentes y lo importante es escucharlas, escuchar esas voces que realmente están clamando por la justicia, recordándonos esa tragedia de los feminicidios y cómo es importante transformar las formas que tenemos de relacionarnos para conseguir acabar



con esa fatalidad de la violencia, que está presente en todos los países y en todas las sociedades. Realmente tenemos que unirnos para acabar con esa lacra. La cultura, la literatura y el arte, en la medida en la que modelan los imaginarios, creo que tienen un gran papel en esa historia y pueden hablar a las generaciones más jóvenes sobre los peligros, sobre las trampas verbales, sobre los errores y las injusticias, con un lenguaje muy claro para que sean capaces de transformarlo.

Susana Aurelia Preciado Jiménez: Doctora, ha sido una noche excepcional. No creo que me pueda expresar de una mejor forma, estaba mirando cuando estabas hablando, te veía a ti y podía mirar las caras de quienes están aquí en esta audiencia y todos estaban muy atentos, estaban escuchando todo lo que tú estabas transmitiendo. Creo que esta noche termina con otra fiesta, donde los docentes de la Universidad de Colima, tanto de bachilleratos como de licen-



ciatura y posgrado, están aquí presentes porque también querían escucharte, también querían establecer un diálogo, y como lo dice la frase que tenemos aquí en la lona, ha sido un placer de verdad, el mensaje dice “el placer de la enseñanza”, pero el placer de haber estado aquí esta noche contigo ha sido de verdad ese manjar que no solamente nos permitió escucharte, sino también nos permitió recrear escenas en nuestra memoria y pintarnos un mundo de colores muy diferentes.

A nombre de la Universidad de Colima, agradezco muchísimo esta tarde noche que estuviste con nosotros, que nos permitiste lograr este diálogo. Yo sé que todavía hay más cosas que quisiéramos preguntar, pero también entiendo que tenemos que poner un alto a veces en el camino y bueno, me gustaría nada más, a nombre de la Universidad de Colima —nuevamente lo expreso—, agradecerte mucho que estés aquí



con nosotros, decirte que esta es tu casa, ya formas parte del claustro universitario y espero también que tu presencia en la Universidad de Colima, así como a nosotros nos dejó una huella la lectura de tu ensayo, estas vivencias también dejen una huella en tu corazón de que Colima es tu casa. Muchísimas gracias.

Irene Vallejo Moreu: Gracias, muchísimas gracias de verdad. Es profundamente emocionante este Doctorado Honoris Causa en esta tierra tan literaria y llena de evocaciones de Juan Rulfo y *Pedro Paramo*, tan importantes en lo personal y lo vital para mí, simbólicamente es el lugar donde retorno a los orígenes, porque le escribía hoy a mi hijo Pedro, estoy en tu patria.

Y también en un sentido muy íntimo, este Doctorado Honoris Causa viene a cerrar una herida porque, como contaba hoy durante la comida, yo quise dedicarme a la enseñanza, a la docencia universitaria, no pudo ser porque en un



momento muy importante de toma de decisiones vitales, opté por cuidar a mi padre enfermo, y cuando quise reincorporarme a la vida universitaria fue imposible porque había perdido el tren de las publicaciones, de las investigaciones, de las becas y de los méritos curriculares. Eso fue tremadamente doloroso en su momento, casi sentir que se me había castigado por dedicar todos mis esfuerzos a cuidar a mi padre enfermo y no abandonar a un ser querido. Y después de esos años de sentir ese dolor, gracias a ustedes y gracias a este Doctorado Honoris Causa, ahora siento que se me vuelven a abrir las puertas de la universidad, y que esa vieja herida se cura, sana y se vuelve a convertir en un sabor de boca muy dulce, muy profundo y muy hondo, y por eso quiero dar las gracias a toda la comunidad de la Universidad de Colima por este día inolvidable, mil gracias.

Doctora Honoris Causa Irene Vallejo Moreu. Esas hileras de hormigas locuaces. La escritura como invención, edición conmemorativa por el grado otorgado a la autora, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en septiembre de 2025. En la composición tipográfica se utilizó la familia Adobe Garamond Pro. Programa Editorial No Periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Maquetación: José Luis Ramírez Moreno. Cuidado de la edición: Eréndira Cortés Ventura.

Irene Vallejo es más que una escritora. Es exploradora de mundos perdidos, una guía que nos lleva de la mano por senderos de sabiduría. Sus palabras nos inspiran a leer, a pensar y a soñar. En *El infinito en un junco*, su obra más reconocida, distinguida como el libro español más importante en este cuarto de siglo, nos invita a recorrer la historia de la escritura, desde las tablillas de arcilla sumerias hasta los textos digitales. La obra de Irene es reconocida a nivel internacional y ha merecido numerosos premios.

El Doctorado Honoris Causa que concede la Universidad de Colima es una reivindicación del derecho a la educación, a la cultura, a la lectura, a los libros y la imaginación; un compromiso de quienes estamos y quienes continuarán creyendo en el poder de la educación y la capacidad transformadora de las universidades. Irene certifica una convicción que alentamos en la Universidad de Colima desde su origen: «*la educación es el ascensor social más justo que hemos soñado*».

Juan Carlos Yáñez Velazco

ISBN: 978-968-9733-03-4



9 789689 733034



UNIVERSIDAD DE COLIMA